



El número 1 de la calle de Petritxol es un portal oscuro. Escalones irregulares, una barandilla que cruje. De pronto, en un rellano, se hace la luz y se oye música. Y detrás de la puerta, el estudio de Juan Magriñá es algo tan radiante y lleno de vida que parece estar muy lejos de aquel portal oscuro, de la barandilla, del cielo gris de hoy.

El maestro nos hace pasar a un salón mientras atiende a unos hombres, sin duda tramoyistas o diseñadores. Cabello negro, piel morena, jersey rojo y pantalones tejanos, Juan Magriñá conserva el dinamismo de aquellos años en que se presentó por primera vez ante el público barcelonés (1930) en el Museo del Laberinto de Horta, con motivo de una fiesta romántica conmemorativa del centenario de Chopin. Se adivina en su expresión que vive con el mismo entusiasmo de aquellos días en que tras haber debutado oficialmente en el Palacio de la Música con «El Burgués Gentilhombre», siendo director de la orquesta Pablo Casals, daba sus primeros recitales de danza en el teatro Urquinaona (1932) y en el Barcelona (1935). Todos los jóvenes valores de la ciudad se unían para alentar y dar vida al arte de la danza, recién nacido por entonces en nuestra tierra: Juan Miró y Pruna hacían los programas, Evaristo Mora los carteles, Sebastián Gasch se encargaba de la propaganda, Grau-Sala diseñaba los figurines. Y aquel espíritu de lucha que hizo que Juan Magriñá batallara por su vocación a escondidas, en contra de la voluntad de sus padres y sin medios de ninguna clase, preside hoy sus actos en la organización de esta gran empresa que está prácticamente en sus manos: la formación de la compañía de ballet del teatro del Liceo de Barcelona.

En el salón hay una fotografía de Ana Pavlova, varios libros: páginas escogidas de Fray Luis de León. Tradiciones españolas... fotografías de bailarines de todo el mundo. La luz es clara, el ambiente acogedor. Juan Magriñá entra y saluda amablemente.



La luz difusa que ilumina el estudio se vuelve claridad. Todo queda envuelto en una atmósfera intemporal. Algo misterioso y mágico.

- ¿Nombre exacto de la compañía?
- «Ballet del Gran Teatro del Liceo».
- ¿La idea de formar esta compañía es reciente?
- Hace años que el señor Pamiás pensaba en ello, pero para realizarlo esperó a tener una orquesta estable.
- ¿Cuántas personas componen la compañía?
- Treinta y dos en total.
- Además de Aurora Pons como estrella, ¿qué otros nombres figuran?
- Georges Govloff para el baile clásico y Paco de Alba para el español.
- ¿Primeros bailarines?
- Elizabeth Bonet, Cristina Guinjoan, Asunción Aguadé, Alfonso Riera, Alberto Tort, Fernando Lizundia.
- ¿Horas de trabajo al día?
- Doce. Con un descanso para comer.
- ¿Desde cuándo se vienen preparando?
- Desde el mes de octubre.
- ¿Ha sido difícil reunir gente?
- No.
- ¿Y darles la unidad que requiere una compañía?
- Tampoco, porque la mayoría son discípulos míos o discípulos de discípulos, como los elementos que proceden de la escuela de María de Avila.
- ¿Qué significa para Juan Magriñá la formación de esta compañía?
- He querido traer a España todo lo bueno que he visto en los demás países. Puede decirse que soy un artista importador. Cada año voy a estudiar fuera. El pasado estuve en Colonia, aprendiendo la técnica moderna. Voy a Londres, a París, siempre con afán de enriquecer el baile de nuestra tierra. La compañía del Liceo es la suma de todos estos esfuerzos.
- ¿Por qué esta primera compañía de «ballet» española ha nacido precisamente en Barcelona?
- Es muy lógico. No sólo es aquí donde hay mayor afición, sino donde hay, tal vez, mayores posibilidades.
- ¿Proyectos?
- De momento, después del debut en Barcelona, haremos una tournée por España y Portugal.
- ¿No resulta precipitado?
- Al contrario, el hecho de salir de turné inmediatamente constituye un estímulo porque obliga a un trabajo exigente de entrada. Después, en invierno asentaremos bien el esfuerzo realizado y prepararemos nuevas obras. Quisiera presentar coreografías internacionales. Ahora, en casi todo el repertorio, excepto algún paso a dos clásicos, la coreografía es mía.
- Por lo tanto, casi todo desconocido.
- Sí, casi todo es estreno, aunque hay algo que se ha representado ya en el Liceo.
- Un trabajo extraordinario. ¿Y sus antiguas ocupaciones?
- He tenido que limitarme a supervisarlas. Pero Juan Magriñá no está cansado, camina ágil, con una alegría estallante. Nos invita

a presenciar un ensayo y penetramos en una sala alargada. Tiene el suelo de madera y hay un gran espejo en la pared del fondo. En un rincón está el piano. En el centro y en pie, los componentes de la compañía dispuestos a recomenzar el ensayo tantas veces recomenzado ya.

—¡Vamos! —dice el maestro.

Se ha hecho el silencio y cada persona ocupado su lugar. El piano toca «La danza de las horas», de Gounod. Juan Magriñá, sentado en una banqueta baja, permanece quieto y observa el cuerpo de baile, que evoluciona. Ahora su expresión es grave, de una profunda seriedad y concentración.

«Un, dos, tres, quatre, cinc...» avanza el grupo bailando en voz alta. «Un, dos, tres, quatre», las voces llegan a hacerse por un momento tan intensas que los pasos se desdibujan a nuestros ojos. Lo importante reside aquí: hay que hacer cada movimiento en el instante justo.

El maestro también cuenta. Detiene el baile, da una explicación y hace que se vuelva a empezar. No puede haber el más ligero retraso, ni un gesto más. «Hay que bailar con todo el cuerpo, no sólo con los pies. ¡Vamos!».

Recomienza el «un, dos, tres, quatre», que después, en el escenario, con decorado y trajes, formarán una representación. Se bailará «La noche de Walpurgis» de Wagner; el paso a dos de «Don Quijote»; «Tapices de Goya», de Granados; «La moza y el estudiante», de Bretón; «Las Gaviotas», de Altisén; «Sinfonía Sincopada», de Rodríguez Llauder; «El amor brujo», de Falla; «La danza de las horas» y un popurrí bajo el nombre de «Divertimentos».

Ahora baila Cristina Guinjoan. La acompañan cuatro bailarines. La música es alegre. La luz difusa que ilumina el estudio se vuelve claridad, ha cesado la lluvia.

En la escuela de Juan Magriñá se formaron María Josefa Izard, Maruja Blanco, Filo Feliu, María de Avila, Trini Borrull, Antonio Montollor, José Ferrán (actualmente maestro de la academia de baile de Rosella Hightower, de Cannes). Magriñá, en cambio, si bien sigue la escuela de Cecchetti y ha dado clases con Teodoro Bslief, Mme. Preobajenska, Mme. Chernicheva y Nicolás Legat, puede decirse que es autodidacta.

Los componentes del cuerpo de baile se apoyan en la barra. Todo queda envuelto en una atmósfera intemporal. Algo misterioso y mágico; algo muy atractivo nace del baile, algo que nos hace permanecer en silencio largo rato viendo repetir gestos, pasos, correcciones. Viendo cómo se plantea un problema coreográfico y el maestro lo resuelve tras unos momentos de meditación. Viendo y admirando la tenacidad y fuerza de creación que el hombre lleva dentro, capaz de hacerle luchar contra todo hasta lograr la victoria al realizar plenamente su vocación. Juan Magriñá es un ejemplo que lo grita.

CLARA JANES